

LOS CUENTISTAS

UN IDILIO EN UNA JAULA

por Joaquín Dicenta

Ella era una muchacha rubia, muy rubia, verdadero tipo de sonadora, con los ojos azules, el cutis pálido y los labios entreabiertos, como si tratasen de ofrecer salida a los suspiros de su pena. Porque sufría mucho aquella infeliz víctima de diez y ocho años, que, sonando con un amor todo sensibilidad y delicadeza, se encontró unida, sin quererlo sin saberlo casi, a un banquero materialote y soez, insolente como una onza y pletórico como las talegas de plata que almacenaba en su caja de caudales.

— Toma su belleza y abre tu bolso — dijeron los padres de la niña, y previa la bendición de un cérrigo, arrojaron a su hija en los brazos del adinerado traficante.

Se iba muriendo y, avara de encontrar algo bello armonioso y dulce en derredor suyo, tenía en su gabinete una pajarera, y se pasaba las horas muertas delante de ella, oyendo los trinos de sus canarios, única nota de poesía que vibraba en aquel hogar repleto de lujo y falto de ternura.

¡Cuánto quería a sus compañeros de esclavitud aquí-lla mujer!

En ocasiones, sintiéndome envidioso de los que me ayudaban a endulzar la agonía de aquella hermosa criatura, protestaba de su preferencia por los canarios, y Dolores, volviéndose hacia mí y riendo con la risa amarga y silenciosa propia a los desgraciados, me decía:

— Si supieses lo que valen no les harías objeto de tu rivalidad. Estos alambres componen el límite de un mundo pequeñito, donde se realizan escenas de ventura como las que yo he soñado en momentos felices, que por ser felices huyeron pronto. Todas estas cabezas menudas, revoltosas, flexibles, donde brillan los ojos como cuentas de azabache dotadas de visualidad, piensan, cordinan ideas, reflexionan, y todos esos corazones diminutos que dan vida y calor al rizado plumaje de sus dueños, sienten más hondo que los hombres y saben amar mejor que ellos. ¡No te rías! — gritaba Dolores al ver un gesto de incredulidad en mis labios.

Y así diciendo, para vencer mis dudas, me refirió cierta noche una historia breve y grande a un tiempo.

Eran dos. La hembra, fina, pequeña, con el plumaje blanquinoso, el pico menudo y las patitas sonrosadas. El macho, más grande, más fuerte, con la cabeza adornada por un moño de color de oro, era un cantor infatigable y un amante tiendito y leal.

Un día, el macho, al saltar desde los travesaños, lo hizo con tanta mala fortuna que quedó preso en uno de los hierros, oscilando con angustia, y al tratar de hacer un esfuerzo para incorporarse, se tronchó una pata y cayó al suelo pidiendo triste mientras la embra, dando vueltas en derredor suyo, le miraba con unos ojos tan tristes que daban ganas de llorar.

Buscando yo consuelo para la desgracia de mi favorito, llamé al hombre encargado de cuidar los canarios y él, señalándome la pata del herido, que colgaba casi despreñida, exclamó:

— Hay que cortar.

— ¡No! — grité yo.

— Se le caerá sola — repuso el hombre.

— ¡Pues que se le caiga!

Y cogiendo el canario entre mis manos, lo trasladé y con él a su compañera de amor y de infortunio.

Al levantarme al día siguiente vine a este sitio deseosa de conocer el estado del pobre enfermo, ¿Sabes lo que vi?

Pues vi a la embra con la pechuga desnuda de plumas, sonrosadas y jadeante. Si se había arrancado las plumas una tras otra durante la noche, y con aquellas partes de su propio ser había construido un lecho para que reposara de sus torturas el amor de sus amores, el dueño de su corazón.

Y allí estuvo él durante quince días, y allí estuvo la embra cuidándole con esmero de madre, llevándole en el pico agua para su sed, alimento para su hambre, calor para su cuerpo y consuelo para su desgracia.

Allí estuvo, y al cabo de los quince días salió el canario de su quietud sano y alegre, pagando con himno sonoro los desvelos de su compañera.

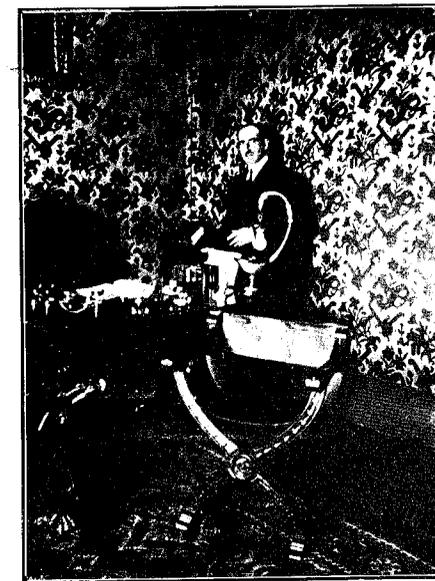
¿Comprendes ahora por qué los quiero tanto? — exclamó Dolores con amargura —. Porque saben amar, a tal extremo que a los pocos meses murió la embra, y al día siguiente encontré muerto al macho en el último rincón de la jaula.

¡Ah! — siguió diciendo Dolores —. ¡Yo también he soñado muchas veces con un amor semejante! ¡Yo también hubiese arrancado por el ser querido todas absolutamente todas, las fibras de mi alma! Y sin embargo... ¡ya lo ves!

El inclino la cabeza sobre su pecho, mientras una lágrima silenciosa rodaba por sus mejillas de azucena.



ALBACETE.—El Alcalde don Paulino Cuervas-Mons y Díaz de Quijano, «El Gran Señor que ama a su pueblo».



ALBACETE.—Don Paulino Cuervas-Mons y Díaz de Quijano, en su despacho particular.

Fotos CENTAURO



Los intrépidos excursionistas ven compensado su disgusto con la belleza femenina.



En los expresivos rostros se ve la satisfacción de los amigos del campo.



ALBACETE.—El señor Sellés, Delegado de Hacienda, eminente autor, que con su obra "Al fin solos" consiguió un gran éxito.